

Cuenta lo que le pasó "Simplemente he querido contar lo que nos pasó a un grupo de peruanos"

Japón no da dos oportunidades

Memoria del nikkei errante

A propósito del libro de Augusto Higa

Escribe GABRIEL ESPINOZA SUAREZ – Fotos: JORGE PAZ

pio. Tiene un lector ideal, que es el trabajador peruano en el Japón; aunque lo puede leer cualquiera sin ningún problema porque está todo explicado. Sin embargo, me alegraría que le sirviera a este lector lejano para capear los malos ratos, para que tome fuerzas y prosiga su vida con alegría. Ellos tienen el compromiso, la gran carga de hacer que esta migración se fortalezca y dé frutos.

—¿Cuál fue tu estrategia narrativa?

—Trato de utilizar la menor cantidad de palabras, ir al grano. La atención del lector tiene un margen muy preciso. Bueno, yo he tratado de no rebasar esos límites, o los que me imagino hay en la mente del lector promedio. Y aunque parezca contradictorio, con esta regla de oro, con estas limitaciones, me he sentido muy libre.

—Volviendo a la escritura del libro, ¿cuánto tiempo te tomó?

—Relativamente poco. Pero pienso que también inconscientemente estuve escribiéndolo en el Japón. Hay una manera de ver las cosas que utilizaba durante mi estadía, algo de lo que creo ni siquiera me daba cuenta. Vivir como escritor no sólo es leer o hablar de libros.

—Pero hubieras podido hacer una novela con esta experiencia...

—No pensé en novela. Me parece que el material ficcionado hubiera perdido su atractivo. Quizás desde otro punto de vista estoy desperdiciando una gran oportunidad, pero no tengo remordimientos. Además me hubiera demorado demasiado tiempo. El libro salió así, trajo su forma. Y además tiene su función específica: la de llegar al *dekasegui* peruano, para prestarle una ayuda, para que sufra menos el impacto con otra cultura.

—Yendo al tema del libro: es la problemática del obrero, ¿no te resultaba extraña, considerando que eres un escritor, que no te pertenecían esas vivencias?

—No tenía nada que ver con eso. Yo era un obrero



El escritor en la multitud "Sucedo que yo soy escritor, pero me gusta todo lo que sea fábricas, talleres..."

igual como cualquier otro. Sucedo simplemente que yo era escritor, así como otros peruanos eran ingenieros, abogados o malandrines. Además fui para trabajar, no para escribir (aunque inconscientemente lo hice). Otra cosa: a mí no me disgusta este tipo de trabajo, es más, me atrae. Todo lo que sea fábricas, talleres, alfare-

ría y hasta agricultura. Me gusta hacer un tipo de actividad lejana de la que realiza el intelectual en su escritorio. Por ejemplo, me parece bestial, y no soy el único que piensa así, que Julio Granda se meta a su chacra para sembrar papas. Que luego tenga sus razones, eso es otro cuento. Pero mira, él escogió irse al campo, a su tierra, no

se puso a vender enciclopedias.

—Por ahí se desliza un ideal de escritor, ¿o me equivoco?

—En cierta medida sí. Me gusta que el tipo que escriba sea como Arguedas: un tipo intuitivo. Que no sea un profesional en el peor sentido de la palabra.

—¿Es quizás una sed de

El libro se lee de un tirón. Es una historia lineal que sigue los desplazamientos del protagonista (Higa) por distintas fábricas y alojamientos para obreros durante su estancia de dieciocho meses (agosto 90 - mayo 91) en la Prefectura de Gunma, a dos horas al norte de Tokio.

El tono es testimonial, la prosa casi periodística, resultando un cuadro muy vivo de situaciones y personajes que mantienen la atención del lector. La historia está salpicada de anécdotas (que son en realidad pequeñas historias, pequeñas vidas de personajes). Esto último completa el paisaje humano y da densidad a las acciones.

La acción empieza con la partida de Lima, del Jorge Chávez, en el encuentro fortuito entre nikkeis que viajan hacia el sueño de los dólares (o yenes) de la quintaesencia.

El libro de Higa

Se lee de un tirón

Cada cual tiene un propósito, una meta concreta. Los hay desde quien necesita costear los gastos de tratamiento de un familiar enfermo, pasando por apurados padres de familia en bancarrota, o si no de los más jóvenes que van a hacer un pequeño capital para poner un negocio en el Perú.

Conforme avanza el relato se perfilan sicologías distintas, se van afinando las diferencias; surgen reacciones inesperadas, conductas erráticas, otras muy solemnes, escandalosas. Se hacen y deshacen alianzas, hay traición, y, en fin, todo lo que

compone la *comedia humana*.

Los recién instalados sufren problemas de adaptación, no sólo por el impedimento del idioma, sino el de la cultura ajena y hostil. Muchos se reconocen, y se refugian en la peruanidad (que es casi decir en Japón la *barbaridad*), se vuelven más peruanos que el cebiche; o lo contrario: corren a abrazarse del monstruo nipón, abandonando voluntariamente idioma y costumbres. En realidad, el único espectáculo son los personajes. Ahí está Higa, cantándole un valsecito criollo a su compañero de labores

Año Nuevo en Gunma

(Fragmento de "Japón no da dos oportunidades")

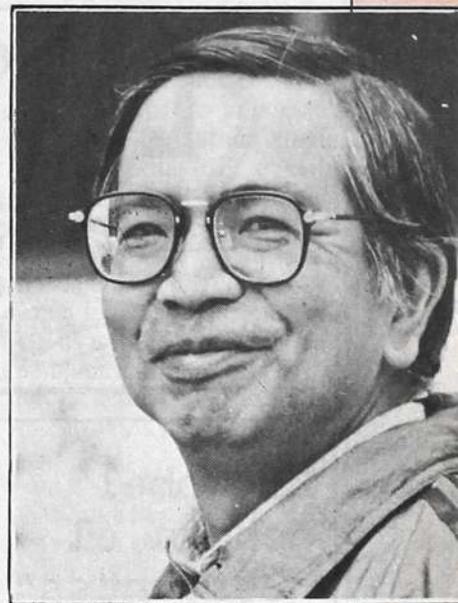
Llegamos a la casa de Hayakawa la víspera de año nuevo, cuando los muchachos espectaban una película en el video de Manuel Kochi. Cenamos a las nueve de la noche, poco después compramos bocadillos, porrones de cerveza, y un whisky japonés. Puertas y ventanas fueron aseguradas con las cubiertas metálicas, y sin darnos cuenta, desde las entrañas del torbellino emergió un ruidoso baile. La música salía de la grabadora. Fernando Kukuhara movía las piernas cancheritas, Rubén Kanashiro batía palmas rabiosas, y el tranquilo Miyashiro improvisaba la danza del alcazaz. A medida que se consumía el trago, el gallero Manuel Kochi gritaba más loco que nunca, y con su característica impertinencia, se paraba en dos manos, y ejecutaba saltitos acrobáticos. Eduardo Fujiwara se mostraba sobrio. A las doce de la noche, paréntesis en la fiesta, nos abrazamos deseándonos un venturoso año 91. Koji Murakami salió de su dormitorio para felicitarnos. Volvimos a comprar más cerveza. Al promediar las dos de la mañana, solamente recuerdo un escabroso debate, pues a Fernando Kukuhara se le ocurrió articular cuatro palabras de "nihongo", desafiando a los presentes a imitarlo. ¿Quién sabe más japonés?, dijo. Tal vez arrebatado y presumido, detuvo la música, y cada uno por obligación, en el centro del ruedo, soltaba sus modestos conocimientos del idioma. Eran frases hechas, párrafos incomprensibles, en el mismo estilo de Tarzán cuando dialoga en sus películas, solamente que en versión nipona.

aventuras?

—Puede ser, pero no tanto. Son vivencias, creo, que uno recoge casi sin proponérselo. Ahí entran a tallar tus gustos, tus preferencias. Yo, por ejemplo, no me iría de safari o de colono a la selva. Prefiero, como te digo, las fábricas y el campo, hasta ahí llevo.

—¿Cuál crees que será el papel que juegue este libro en manos de los dekasegui peruanos?

—Espero que les sirva de ayuda. Son alrededor de treinta mil peruanos que trabajan duramente, con graves problemas de adaptación. No sólo no dominan el idioma, sino que por esta razón la vida se les restringe. Y si no se unen y tratan de protegerse y cuidarse para crecer (porque están sometidos a una especie de tutelaje perverso) son víctimas irre recuperables del desconuelo. Algunos se loquean, otros vienen hablando pestes de los japoneses, en fin. Cuando el propósito es conseguir un trato igualitario en el Japón, un cierto respeto social que todavía no tenemos.



Humor nikkei

Augusto Higa es padre adoptivo de George Pease, un ciudadano puneño de su misma edad.

—¿Qué lees en el Japón?

—Casi nada. Trabajaba a un ritmo galopante, con el tiempo necesario para descansar y dar sólo un par de vueltas por las calles. A esto se reduce mi vida allá. Aunque leía la Biblia, la cual llevé por razones de espacio. Ya sabes que es una selección, una antología de libros, ideal porque no estorba. La leí muy complacido. Tiene de todo; están obviamente los libros de fe, pero también los misteriosos, como el Apocalipsis; los de costumbres, como el Libro de Ruth; el Eclesiastés; el de las visiones del profeta Jeremías; el Libro de Job, en fin, gran variedad, y en un solo tomo.

—Algo que me olvidaba, y para terminar la entrevista, ¿por qué el título Japón no da dos oportunidades?

—Porque pienso que el peruano ha accedido a un bien al tener la posibilidad de trabajar en el Japón. Puede ganar dinero para sobrevivir o mantener una familia en el Perú, aun cuando son muy duras las condiciones de trabajo allá; siempre queda la posibilidad de volver a comenzar. Es como la mariposa de la felicidad que se cuelga por tu ventana, sabes que quizás nunca más tengas oportunidad semejante, así que la tienes que capturar.

japonés, Nagayama-san, en momentos de aflicción. O la tenaz Teresa Nomura, luchando toda la madrugada contra unas papas demasiado aguachentas, para conseguir algo de la consistencia de su nativa papa rellena. O el viejo Abe, librando una batalla silenciosa en su cuarto contra miles de caracteres japoneses para desentrañarles el sentido.

Encontramos en los pasillos de una fábrica de piezas de autos a Tito Arakaki, nikkei argentino apodado "Che Carlitos", que por una suerte de fatalidad austral también resulta maratonista irreductible y chanta palabrador.

Casi no se siente la historia transcurrir en ese medio tan absorbente. Sólo como dato curioso, en un momento de descanso, uno de los personajes prende su televisor y se entera de que hay guerra en

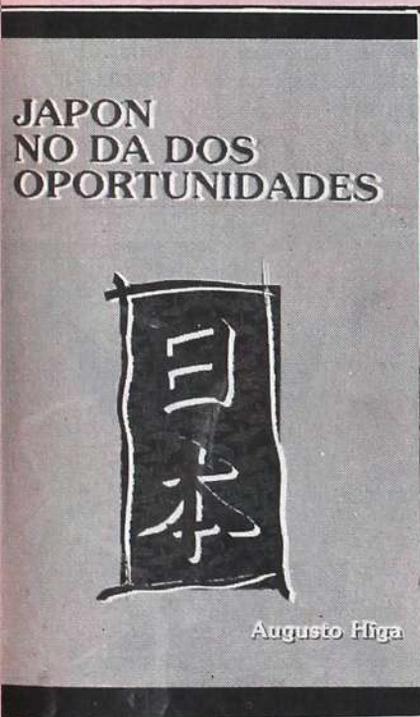
el Golfo Pérsico.

Hay muchas más historias mínimas. La del peruano afincado en el Japón desde hace mucho tiempo que "vende" a sus compatriotas a las agencias de empleo por salarios bajísimos, más comisión. O la historia de las parejas, las que se forman o disuelven en pleno ajetreo industrial, al compás de máquinas matriceras, cuando la línea de producción corre velozmente. También las historias del humor sádico de los japoneses, de su glacial desprecio por los extranjeros.

Al finalizar la lectura uno tiene la sensación de conocer a muchos de esos personajes. Es más, el libro en su conjunto se parece más a una entretenidísima conversación que a cualquier tipo de documento testimonial o de denuncia.

Y sin embargo no deja de ser ni lo uno ni lo otro.

(GES)



Tono testimonial

Hay muchas historias mínimas. También las historias de humor sádico de los japoneses.